

## EL MAESTRO ALFONSO NORIEGA CANTÚ NO HA MUERTO

Ignacio BURGOA ORIHUELA

Se me ha pedido muy gentilmente por los señores doctor José Dávalos y licenciado Jorge Madrazo, en representación, respectivamente, de la Facultad de Derecho y del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, mi colaboración en la obra que se pretende editar en homenaje al distinguido maestro emérito universitario, doctor don Alfonso Noriega Cantú, fallecido el 16 de enero del año en curso.

Al aceptar, con mucho honor de mi parte, la mencionada invitación, he meditado sobre el contenido de lo que pudiere yo escribir sobre el maestro Noriega, a quien conocí y traté desde mi ya lejana época de estudiante de la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia. Al tomar en consideración que la obra de tan eminente universitario mexicano es prolija y sumamente conocida en diversos círculos intelectuales, principalmente en el foro nacional, he optado por no aludir a ella en esta ocasión, pues otras plumas más doctas, finas y elegantes que la mía, se encargarán de reafirmar los méritos de la labor académica de tan distinguido personaje, paradigma de caballero, ejemplo de sencillez y amistad y erudito insigne.

Mi trato frecuente con el maestro Noriega, que abarcó varias décadas, podría ser fuente de un rico anecdótico. Sin embargo, en esta ocasión, tampoco me referiré a él, pues su exposición excedería con mucho el límite de espacio que se ha señalado a los colaboradores invitados a participar en el justo homenaje a su memoria.

Quisiera recordar en estas páginas simplemente los últimos días de la vida terrenal de tan conspicuo universitario, y volcar en mi recordación los sentimientos que anidaron en mi alma con motivo de su sentido deceso y que perdurarán en mi corazón mientras viva. Esos sentimientos, recién palpitantes, los expresé al día siguiente de tan infausto suceso, precisamente ante mis alumnos en una de las cátedras que tengo a mi cargo en nuestra querida Facultad, el día 19 de enero

de 1988. Mis palabras se grabaron y la versión respectiva es la que me permitiré reproducir como humilde respuesta a la invitación que me formularon los dos destacados universitarios ya aludidos. Así, dirigiéndome a mis alumnos, dije:

Quizá ustedes, por su poca edad, por su temprana juventud, no sepan cabalmente quién fue, y sigue siendo en espíritu, el maestro Alfonso Noriega Cantú. Ustedes lo veían llegar, bajar penosamente del automóvil que todos los días lo conducía a la Facultad, sin que, no obstante, haya perdido su jocosidad, su inteligencia, su ingenio. Todos nosotros lo saludábamos con todo respeto y cariño. Ustedes, porque son jóvenes, tal vez no recibieron clase del maestro Noriega; pero yo, durante toda mi vida estudiantil, estuve vinculado a él; lo quise y lo admiré mucho. Su vida estaba ligada estrechamente a la Universidad. Siempre actuó dentro de la Universidad y luchó por sus causas nobles. Independientemente de su vasta cultura, de su sabiduría jurídica, de sus profundos conocimientos en materia de amparo y de derecho constitucional, poseía el maestro Noriega grandes cualidades humanas, emotivas, sentimentales. Yo nunca le conocí ningún detractor, ningún envidioso, no obstante que la gran personalidad del maestro podía provocar la envidia de los mediocres. Siempre tenía una palabra de aliento para quienes le pedían un consejo; siempre estaba dispuesto a orientar a los demás; no solamente enseñaba sino educaba, y recuerden ustedes que no es lo mismo la enseñanza que la educación. Siempre tenía el chiste y la broma ingeniosa a flor de labio. Sus conversaciones eran amenísimas, salpicadas con el buen humor que lo caracterizaba.

Yo me comuniqué con él el día 4 de este mes con objeto de pedirle autorización, como presidente del Colegio de Profesores de Amparo, para celebrar una reunión con los maestros de la materia.

Me manifestó que se encontraba en silla de ruedas, que no se podía mover, que en esa situación ya tenía varios días, que pasó las fiestas navideñas y las de fin de año en ella, pero que abrigaba la esperanza de asistir a nuestra junta del Colegio de Profesores del que el maestro Noriega era el presidente.

A los dos días me habló doña Carmelita, su distinguida esposa, para decirme que el maestro Noriega se encontraba internado en el hospital o sanatorio de Nutrición y en terapia intensiva.

Preguntaba casi todos los días por su salud y el viernes último hace cuatro días, una de sus nietas me manifestó, por teléfono, que estaba reaccionando el maestro muy bien. Me dio mucho contento y no me imaginé que su deceso ocurriría al día siguiente, el sábado siguiente. Su fallecimiento no se supo sino hasta el domingo en la noche.

El maestro Noriega no ha muerto. Su obra, no solamente la obra escrita, que fue mucha, abundante y profunda, sino la obra derivada de su conducta añosa en bien de la Universidad, en bien de México, es imperecedera e inolvidable. Fue un gran universitario y un gran mexicano. Y digo que no ha muerto porque lo único que desaparece de este mundo es la envoltura corporal del alma. ¡Ay de aquellos que no creen en la existencia del alma! Son pesimistas, amargados, materializados y tienen un horizonte vital sumamente reducido.

Anoche, cuando sus cenizas, depositadas en una urna, se colocaron en un nicho de la Iglesia de la Cruz en el Pedregal, vi cómo su hija las conducía a su albergue definitivo. Sentí una impresión muy desagradable y muy triste. Ahí va el maestro Noriega —le comenté a Jaime Moreno Garavilla— que me acompañaba. Agregué: ¡ahí va el maestro Noriega en lo que fue de cuerpo, pero en su espíritu jamás morirá!, pues forma parte de esos espíritus de los grandes hombres que siempre recordaremos todos aquí en el ambiente académico.

Yo no conocí a don Ignacio L. Vallarta, aunque ya casi me acerco a las siete décadas, ya que no he alcanzado la suficiente longevidad para haber conocido a este gran constitucionalista. Mucho menos a Rejón ni a Otero ni a tantos otros que solemos citar frecuentemente en clase. Ustedes los conocen, como yo, a través de sus obras, de sus pensamientos, como a tantos y tantos centenares de exponentes de la cultura universal. ¿Conocimos a Aristóteles? ¡No! ¿A Platón? Tampoco. A ningún otro de los insignes pensadores y artistas de la Antigüedad, de la Edad Media, de los Tiempos Modernos y ni siquiera de los que vivieron en el siglo pasado. Sin embargo, por sus obras son conocidos. En ellos se cumple un precepto evangélico, brotado de los labios inmaculados del Señor que dice: "El buen árbol por sus frutos será conocido". Todo hombre que es y que fue en esta vida terrenal un buen árbol, ha dado a sus congéneres, a la humanidad, a su patria, grandes frutos y entre esos hombres insignes está el maestro Noriega.

Estas palabras brotan desde luego de mi corazón, porque yo lo quise entrañablemente. Lo reputé como una especie de hermano mayor. Él fue quien prologó mi libro de amparo cuando era secretario general de la Universidad.

Por razón de nuestra común vocación por esta gloriosa institución del amparo, estábamos estrechamente vinculados. Me cabe la satisfacción de que logré demostrarle mi cariño, mi admiración y mi amistad en muchos actos de su vida académica. No voy a relatarles a ustedes los acontecimientos en que tales actos se revelaron.

En medio de la pena en que su deceso me embarga, tengo la satisfacción de que con el último que pudo hablar el maestro Noriega, aunque hubiese sido por teléfono, fue conmigo el día 4 de este mes de

enero, ya que a partir del día cinco fue hospitalizado, perdió el conocimiento por su enfermedad y fue sometido a un tratamiento intensivo, infructuoso.

La ciencia médica hizo todo lo posible por prolongarle la existencia, pero el Señor se acordó de él y se llevó su alma en la cúspide de su grandiosa obra.

Yo quería hablarles del maestro Noriega, desahogarme ante ustedes, después de las emociones tristes provocadas por su deceso, por su conducción al Aula Pallares de nuestra Facultad, por el depósito de sus cenizas en un recinto sagrado, por el llanto, por la tristeza dibujados en el rostro de sus seres queridos.

Ahora que llegué a la Facultad vi un letrero que me conmovió entrañablemente y que dice: "DESCANSE EN PAZ EL MAESTRO ALFONSO NORIEGA CANTÚ".

Él descansará en paz en el seno del Señor, aunque constantemente lo estaremos evocando, recordándolo como uno de los paradigmas de nuestra Facultad como lo fue también otro insigne maestro, también "Chato", don Mario de la Cueva, así como otros tantos maestros que desgraciadamente están sepultados en el olvido. ¿Por qué? Porque no dejaron obra. Esto que les estoy diciendo que les sirva a ustedes de lección. Sean ustedes en su vida buenos árboles para que den buenos frutos. Cuando los árboles mueren dejando buenos frutos, los árboles siempre serán recordados por el bosque humano que somos todos aquellos bajo cuya sombra nos cobijamos muchas veces. Uno de esos inolvidables árboles fue el maestro Noriega, paladín de las garantías y de los derechos del hombre e insigne universitario.

Descanse en paz.